

Un inventario de tu carta

*“A un país que ha soportado la frustración y la guerra
a un pueblo resiliente que implora la paz”*

Eran casi las tres de la mañana y el aire frío de la madrugada se escurría silencioso por la ventana de Carolina. La habitación, reposaba en mitad de un silencio lúgubre y ceremonial, que de cuando en vez se veía amenazado por algún implacable mosquito, de esos cuyo mayor placer esta en atormentar los tímpanos de sus víctimas, en medio de la noche donde no pueden ser presa del aplauso justiciero, pero esa es otra historia... Lo cierto, es que algo debió suceder en el inconsciente de Carolina mientras dormía, algo como un presentimiento funesto, algo como un presagio fortuito que interrumpió el sueño placido de aquella noche. Luego de lanzar unas cuantas patadas sin dirección aparente, y aun dormida, se incorpora Carolina con sobresalto y queda sentada sobre la cama en un solo y brusco movimiento. Mira hacia un punto fijo de la pared, mientras deja caer la mandíbula en un gesto de preocupación, como de quien omitió algún asunto importante, u olvido estudiar para el parcial de anatomía o de cálculo 2, así más o menos.

Enciende la lámpara de noche, corre hasta su escritorio y volcá algunas torres de libros y fotocopias que no termino de leer nunca y que probablemente estarían ahí mucho más tiempo víctimas de la procrastinación, parece angustiada, continua revisando papeles de su escritorio sin encontrar lo que busca, de momento relaja sus manos y eleva la mirada como en señal de recordar algo, se recupera del lapsus, toma las llaves y corre hasta el baúl que está del otro lado del closet, lo abre con urgencia, y al fin, un poco temerosa de no saber si llegó a tiempo contempla lo que busca ante sus ojos...

- A la mañana siguiente:
- <<Querido Raúl:

Ayer realice un inventario de tu carta, han pasado tantos años desde que te permitieron enviarla, que quizás por eso me di al capricho de pensar, que el texto podría haber perdido sus propiedades más íntimas. Temía que todas esas líneas se hubieran marchado sedientas de algún lector frecuente (porque ya sabes que evito leerlas para no hacerme daño...) corrí hasta el baúl donde sabía que yacía la carta. Y allí estaba, triste, sola y a la sombra de turbias telarañas. Pero para mi

sorpresa, sus líneas jamás se marcharon a ninguna parte, así como mi esperanza jamás se marchó de mí, ni siquiera tuvieron intenciones de irse.

Aún se encontraban allí las 147 palabras que componen tu carta (incluyendo él te amo y tu firma a pie página), las 431 consonantes y las 182 vocales estaban en su sitio. De las 23 tildes, los 13 puntos y las 17 comas ninguna había abandonado su lugar y los números que empleaste para fecharla incluyendo las dos divisiones tampoco se movieron. Todo parecía intacto.

En ese momento quise leerla de nuevo para oxigenar sus ánimos, para que volvieran a sentir la caricia de una pupila que pasa fugazmente extrayéndoles sentido. Me bastó con terminar el primer párrafo, para comprender que sus frases ya no me decían nada, que la esperanza que antes alojaban celosas en ese espacio que existe entre el papel y la tinta ya no estaba, y que por más que quisiera que me devolvieran la fe, era inútil ya no podían hacerlo.

Ayer realice un inventario de tu carta, han pasado tantos años desde tu secuestro, que quise leerla para ver si podía devolverme la fe, que ni las pruebas de medicina legal o los noticieros anunciando tu muerte pudieron quitarme. Escribo para decirte que las 147 palabras (incluyendo él te amo y tu firma a pie página), las 431 consonantes y las 182 vocales, las 23 tildes, los 13 puntos, las 17 comas y los números que empleaste para fecharla incluyendo las dos divisiones, ah, y también mi esperanza. ¡Están muertos!>>

Fin

UNIVALLE TIENE CUENTO: DANIEL GAITÁN, FACULTAD DE ADMINISTRACIÓN